



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

EDICIÓN DE HOMENAJE
A DON LUIS RAMIRO BELTRÁN S.



Mamita Adorada:

*No hay premio más grande en mi vida que el orgullo de ser tu hijo y la dicha de tenerte conmigo.
Pero, a la hora de recibir este hermoso Premio Mc. Lulian, estarás todavía más junto a mí que nunca.
Porque, sin tu bendito amparo, tal galardón no habría sido posible.*

No estarás triste. Al contrario!!!

*Te bendice tu
Luis Ramiro*

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 578 Oruro, domingo 19 de julio de 2015





Honrar su memoria

Debe ser motivo de hondo regocijo para todos los comunicadores de nuestra América la comprobación de que el Gran Libertador fue también el Gran Comunicador.
¿Qué debemos hacer para honrar mejor su memoria hoy que ella se agranda más aún?
Aplicar sus enseñanzas al mejoramiento técnico y moral de nuestro oficio y esforzarnos porque este sirva al pueblo al que él amó, a los millones de desheredados por quienes soñó, luchó y murió nuestro imponderable maestro Simón Bolívar.

Luis Ramiro Beltrán Salmón en:
"El Gran Comunicador Simón Bolívar", 1998



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.

Luis Ramiro Beltrán orgullo de Bolivia



El fallecimiento del gran maestro de la comunicación, Dr. Luis Ramiro Beltrán Salmón, ha dejado honda consternación en académicos de las Ciencias de la Comunicación y la Lengua, en discípulas y discípulos, entrañables amigas y amigos, quienes durante sus honras fúnebres exaltaron la extraordinaria personalidad de quien sentará con firmeza una manera de singular de pensar la comunicación.

El investigador, también docente, poeta, guionista y dramaturgo, mostró la profundidad de su erudición enseñando y divulgando con profusión sus obras siempre repletas de estilo y elegancia.

Cuántos y cuánto aprendimos de su saber, más aún de la grandeza de su amistad, porque supo ser, en grado superlativo, amigo de sus amigos, capaz de la servicialidad más pura y genuina.

Para prez de Bolivia, sus logros y triunfos en el campo de sus dominios se elevaron a las cumbres, cuando en 1983 fue el Primer Ganador del Premio McLuhan de la Comunicación. El galardón al más alto nivel mundial equiparable al Premio Nobel de la Literatura, fue compartido con gozo y orgullo por todos los bolivianos. Y cuando le tocó a su patria amada imponerle el Cóndor de los Andes, el homenajeado se refirió emocionado a Bolivia así:

"Patria que llevo profundamente inscrita en el alma. Patria que viaja conmigo por muchos caminos de la tierra, dándome identidad y aliento, congoja y alegría, obstinada esperanza... Tierra de cambas y collas. De cantutas y amancayas. De estaño y de charango... patria atormentada por propios y ajenos. Patria incomunicada con el mundo por el despojo del mar. Patria de sal cautiva como dijera el poeta. Dulce tierra del viento y de la nieve. Patria de los amantes desenfrenados de la libertad que ensalzara Bolívar. Patria impermutable e inextinguible.

El Duende, suplemento literario que Luis Ramiro amara con delirio y le dedicara su amorosa pluma, en cada una de las cinco centenas de su aparición, dedica la presente edición como homenaje a su insigne memoria.

Luis Urquieta Molleda

Aire para una tarde de sol

Poema leído por Alfonso (Moro) Gumucio Dugrón durante el sepelio del Dr. Luis Ramiro Beltrán S. en La Paz, el domingo 12 de julio de 2015

En este mundo pocos respiran.

El aire es con frecuencia violeta
demasiado mezquino y enrarecido.

No lo queremos compartir.

Pelemos por parcelas de aire.

Matamos por parcelas de miedo.

Hacemos como que vivimos.

pero en realidad estamos

vegetando a medias

habitantes desorientados

en una construcción de engaños.

Respirar

no es solamente inhalar

y expulsar el aire,

sino renovarlo

y purificarlo para todos

es un servicio público.

Es lo que hacía

a Luis Ramiro especial:

su manera de respirar era ética.

En otras palabras:

inspiraba cuando respiraba.

Era un hombre generoso

Comprometido

y apasionado y alegre

y contagioso.

Luis Ramiro era

peligrosamente contagioso

por su integridad

y su aire quijotesco.

Este país sería mejor

con unos cuantos contagiados.

Quiso enseñarnos a ser buenos.

no solamente buenos investigadores,

buenos científicos sociales,

buenos comunicadores

y buenos ciudadanos,

sobre todo buenas personas,

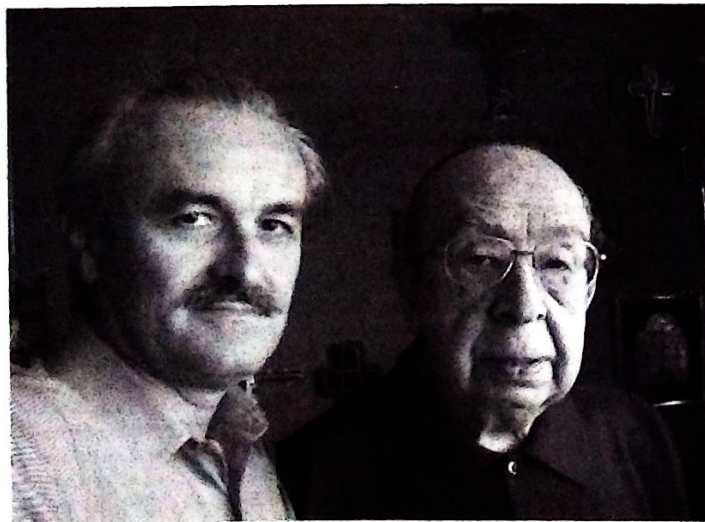
dotadas de nobleza,

solidaridad y compromiso.

Al Moro mayor

del Moro menor,

su discípulo y su amigo.



Oruro, domingo 19 de julio de 2015

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

“Beltrán, el aporte teórico y la amistad”

El texto está incluido en “Investigación sobre Comunicación en Latinoamérica” de Luis Ramiro Beltrán S. (2000). Su autor, Juan Díaz Bordenave (Paraguay, 1926-2012. Investigador en comunicación para el desarrollo)



Juan Díaz Bordenave y Luis Ramiro Beltrán

Su amistad con Luis Ramiro Beltrán es muy larga y data de muchos años. Cómo valora usted el aporte de este boliviano al campo de la comunicación latinoamericana.

J.D.B. Extraordinaria. Recientemente, el Instituto Metodista de Enseñanza Superior, que es una universidad bastante fuerte allá, y que tiene un curso de comunicación con maestría y doctorado y es sede de la cátedra de Unesco en comunicación para Brasil, organizó un seminario de tres días para estudiar la obra de Beltrán.

Luis Ramiro tuvo, para mí, dos grandes contribuciones en el campo conceptual-teórico: la primera fue la crítica al modelo difusionista de comunicación. Él hizo trabajo en que muestra cómo el pensamiento latinoamericano no acepta más ese tipo de comunicación. Y él es muy citado en esta materia.

La otra, fue en el campo de las políticas nacionales de comunicación, una idea que él defendió, luchó por ella, organizó seminarios internacionales de mucho relieve y se convirtió prácticamente en el padre de ese movimiento sobre políticas nacionales de comunicación, que tuvo incluso un impacto político muy grande.

Pero, aparte de eso, él ha producido una cantidad de cosas que va desde la extensión rural hasta la creación de géneros. Él escribió el guión del cortometraje “Vuelve Sebastiana” que ganó un premio en Cannes, un clásico del cine boliviano. Después hizo una pieza de teatro que ganó un premio en Ecuador y fue escenificada y producida en ese país. Tiene un libro que se llama “Comunicación dominada”, en fin...

Y, últimamente Luis Ramiro descubrió que un bolero que él escribió con Raúl Shaw Moreno está grabado en Estados Unidos. El bolero se llama “Contéstame”. Entonces, hasta en la música popular está Luis Ramiro Beltrán. Ahora, claro, la mayor virtud que yo le veo a Luis Ramiro no es ninguna de esas, sino la de ser amigo de sus amigos. Es el paroxismo del respeto a la amistad.

Luis Ramiro Beltrán: "Mis primeros 25 años"

"Querido Lucho y Esther: quiero compartir con ustedes una notas que comienzan con nuestro entrañable Oruro.

Lo hago con un fuerte abrazo para tan preciados amigos. L.R."

Precedida de tan generosa dedicatoria, en agosto de 1997, D. Luis Ramiro Beltrán Salmón entregaba al director de El Duende su "Cuaderno de bitácora. Apuntes biográficos", que tres años más tarde se convertiría en su emblemático referente "Mis primeros 25 años. Memoria ilustrada y breve" prologado por Luis Urquieta Molleda

MIS PRIMEROS 25 AÑOS. Memoria Ilustrada y Breve del insigne Luis Ramiro Beltrán Salmón, esencialmente es una crónica recordatoria escrita en lenguaje llano, no exenta de galanura, que conjuga el testimonio de sus estudios y ocupaciones de trabajo con sus realizaciones personales. Consta de dos partes: la primera corresponde a su vida en Oruro desde su nacimiento en 1930 hasta 1945 y la segunda se refiere a la transcurrida en La Paz desde 1946 hasta 1955, año en que salió de Bolivia a trabajar en Costa Rica con un organismo

lograr: una mejor formación. La reflexión familiar resonaría perdurable en el tiempo.

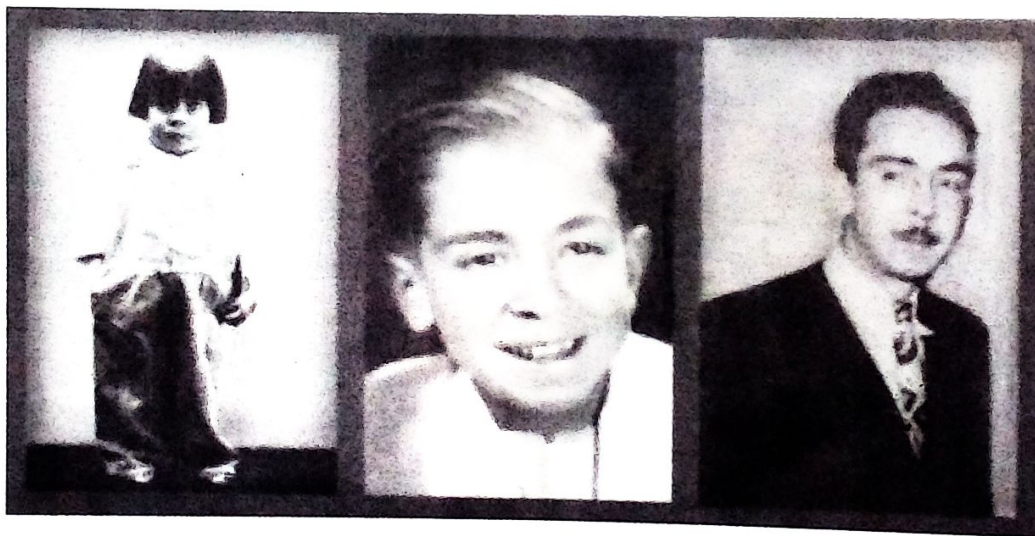
Los atisbos de la afición de Luis Ramiro por las letras se dieron pronto, como a sus ocho años. Doña Becha le regaló una prensita rotativa con la que imprimió hojitas de noticias para su colegio, el Alemán. También, gracias a un amigo de la familia, él y Marcel tuvieron una cajita con micrófono que quedó instalada en la casa como *radioemisora*. Los gérmenes de su vocación dieron lugar a que en la escuela le encomendaran con frecuencia discursos de circunstancia. Se diría que ya

hermana de doña Becha, murió en La Paz.

Tras recibir las primeras lecciones de periodismo por correspondencia, a los doce años, hizo su debut en la prensa trabajando para *La Patria* sin más remuneración que una entrada gratuita al cine. Luego pasó al diario *La Mañana*. A los 13 era Jefe de Información del vespertino *Sajama*. A fines del 44 regresó a *La Patria* con sueldo y un poco de experiencia. Tomó su primer trago de whisky como *enviado especial* a la inauguración de la represa de Tacagua. Fue admitido como miembro de la Asociación de Periodistas de Oruro.

que enciclopédica y cifrada en la autodisciplina, propiciaba la reflexión instando a pensar libre y creativamente. Así se consolidó en Luis Ramiro su adhesión a los ideales de la democracia. Su segundo hogar le quitaba el luto del cuerpo y del alma y le enseñaba a vivir.

Por invitación de don Enrique Miralles, Director de *La Patria*, el colegial de 16 años resultó convertido en Jefe de Redacción del periódico de sus amores cerca de fines de 1946. Muy poco después de que comenzara a trabajar en Oruro, fue elegido en La Paz



internacional afiliado a la Organización de Estados Americanos (OEA).

La semblanza autobiográfica está precedida del inefable recuerdo de sus progenitores, Betshabé Salmón y Luis Humberto Beltrán quienes, unidos en matrimonio en 1927, tuvieron a Luis Ramiro y Oscar Marcel. Tras la muerte de Luis Humberto ocurrida a fines de 1933 en combate en la contienda del Chaco, la promesa de doña Becha para recuperar sus restos como *digna esposa del héroe* sólo llegaría a cumplirse en 1940. Recién a la edad escolar los niños pudieron entender lo que les había pasado años atrás. Mostrándoles fotos y leyéndoles cartas entre lágrimas, la abnegada madre les contaba lo sucedido haciéndoles ver que su padre rindió su vida por la Patria y también que sus hijos alcanzarían lo que él ya no pudo

entonces le gustaba escribir y que, pese a su timidez, se atrevía a hablar en público. Ahora se pregunta él: ¿Herencia de mis progenitores?

El prodigio se manifiesta inexorable. Luis Ramiro era lector obsesivo y voraz. Recuerda que esperaba con ansiedad principalmente revistas infantiles de la Argentina: *El Tony* de historietas y chistes y, *Billiken*, tan celebrada por sus lecturas.

Se prendó de Constancio C. Vigil, escritor uruguayo que dirigía la editorial de *Billiken*, tan profundamente como para que doña Becha, percibiendo la devoción de su hijo, le hiciera el regalo de visitar en Buenos Aires al ídolo de los niños, presentándose en su mismo estudio un día de abril de 1940. La experiencia del encuentro y el diálogo jamás olvidaría. El gran pensador le envió después un mensaje recordatorio que Luis Ramiro conserva en el cofre de sus reliquias.

En 1942 falleció su prima hermana Norka Alcira Veintemillas Salmón a raíz de un accidente ocurrido durante una vacación en Cochabamba. Ella había sido acogida por los Beltrán varios años antes cuando su madre,

En 1945 soportó la súbita muerte de su hermano Oscar Marcel al caer él de un tren en marcha cerca de La Paz, tragedia que desbarató a su desconsolada madre. Tuvo que dejar el colegio *Alemán* y matricularse en el nocturno *Casimiro Olañeta* para trabajar de día. Fue Oficial de Información en la Sanidad Departamental y hasta voluntario de la Jefatura de Tránsito. Como su madre hallaba poco deseable su vida nocturna y temía que pudiera fallar en sus estudios decidió alejarlo de Oruro. En 1946 se mudó a La Paz sustentado por una beca como interno en el Instituto Americano a cuyo cuarto curso de secundaria entró.

De luto y taciturno, enfrentó sus nuevas obligaciones. Dejó el idioma de Goethe y se alistó en el de Shakespeare. Optó por la sección de letras. Tuvo su minuto de gloria con el único gol de su vida tras una fugaz competencia deportiva. Fue Vedel Auxiliar con privilegios. Hizo ofrenda lírica a Miss Amerinst, Gloria Pacheco, a quien admiraba mucho en silencio. Dirigió *The Sophomore's voice*, vocero de su curso.

La pedagogía del Amerinst, más práctica

como delegado de los estudiantes de secundaria de Bolivia al foro *La América en el Mundo que Queremos* auspiciado por el diario *New York Herald Tribune*. Partió en enero de 1947. Sería el principio de un cuento de hadas. En el foro se convirtió en el relator de su patria y, aunque sintió que parecía extraterrestre en exposición porque era rara entonces la presencia de un latinoamericano en EEUU, aprendió a no enojarse cuando le hacían preguntas impropias: ¿Vas al colegio en llama? Tembló ante una hermosa rubiecita y quedó prendado de la más bella compañera de viaje: Kitty Morales, de Costa Rica.

El singular ejercicio de acercamiento interamericano por vía de la juventud llegó a su culminación el 8 de marzo de 1947 en el Hotel Waldorf Astoria con la presencia de 3.600 estudiantes de EEUU y los 29 latinoamericanos. Tuvo el privilegio de intercambiar ideas en público con Haya de la Torre y Rockefeller y conoció a Ingrid Bergman. ¡Parecía mentira!, dice él.



Luis Ramiro Beltrán: 57 años cronista de la p

*Este artículo fue publicado por Patricia Urquieta C. en marzo de 1999, en la víspera de la entrega de do
si se escribiera hoy, diría más bien... 73 años de ejemplo de periodismo y com*

Con la tinta de imprenta en las venas y Papeles al Viento son los títulos que Luis Ramiro Beltrán se apresta a publicar. El primero, muy próximo a salir, es una recopilación de sus publicaciones periodísticas desde 1953; y el segundo, que ojalá no demore en aparecer, un conjunto de textos más bien literarios. Sobre todo del primero, del periodista, escribo estas líneas, aventajada por una suerte de primicia, antes de que digan lo suyo quienes siguen de cerca los escritos del ejemplar comunicador.

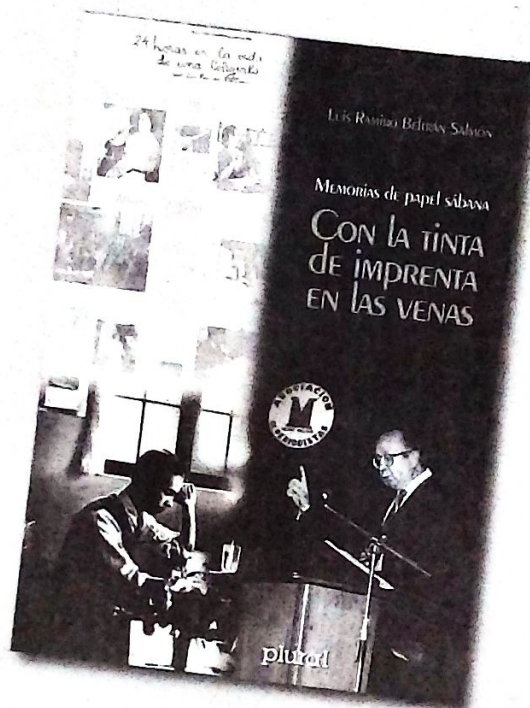
De este orureño excelso se ha dicho y escrito mucho, con sobrada razón teniendo en cuenta que personifica la distinción más alta que haya logrado un boliviano, el premio McLuhan. A pesar de haberme impuesto la actitud de no hacer referencia a la persona sino a su faceta de periodista-escriptor, confieso que recaigo en ello. Es inevitable. Para comprender cómo escribe nuestro autor, los temas que prefiere, las preocupaciones que le habitan y su estilo en general hay que escudriñar en su vida.

Acerca de *Con la tinta de imprenta en las venas*, José Luis Exeni dice, en la introducción, que es un rescate valioso de historias y perfiles humanos que se convierten en el libro en "homenajes a la memoria, enemiga de la renuncia y del olvido". Por su parte, Mariano Baptista Gumucio, desde su actual escritorio en Santiago, ha escrito sobre *Papeles al Viento*: "espléndida cosecha del florido huerto que sembró Luis Ramiro con su corazón de pan y sus manos de alfarero".

Los senderos anchos del texto

La iniciación de Beltrán como periodista está presentada en el libro con el texto "Quiere ser periodista" —como diría su madre al llevarlo de la mano a los 12 años al director de *La Patria*—, que es un testimonio además de informativo paradigmático para los jóvenes que siguen o se proponen seguir el oficio; hay en este escrito muestras de lo que logra la dedicación y la disciplina. Allí se funda para el autor, sin duda, ese bregar propio del periodismo que nunca lo ha abandonado. La experiencia periodística se completa con algunas historias sobre *La Razón* de entonces, y las pocas dedicadas a la fugaz vida de *Momento*.

El texto tiene un carácter diríamos humanista, abunda en los viejos valores. Beltrán nombra y recuerda a sus amigos; nombre y apellido son parte de la persona;



sencillos y anónimos son los personajes (sujetos) del relato. Pareciera que estos héroes del periodismo hubieran sido contruidos por el autor, por sus ojos que miran con acierto y profundidad los hechos simples y cotidianos de la vida, y los convierte, con las teclas, en historias a veces épicas, cargadas de principios humanos que él insiste en reconocer en cada uno de estos amigos del gremio. Así, los temas que ocupan el texto son las vidas de quienes compartieron con él la suerte de ejercer "el más lindo de todos los oficios".

Beltrán: orureño para variar...

Muchas razones hay para escribir bajo este rótulo, y parece ser ésta la ocasión propicia. Ser orureño es toda una categoría de connotaciones como la sencillez, la bondad y la hospitalidad. El libro citado se refiere repetidamente a los colegas y amigos paisanos, el orureñismo es casi una línea temática en la segunda parte del texto: "...no consiguieron desvincularme de *La Patria*. Fui su corresponsal desde la sede del gobierno enviando mis despachos por telegrafía y sin aspirar a más remuneración que el placer de seguir siendo periodista y de no olvidarme de que era orureño" (i).

En general, el autor expresa libremente sus sentimientos de gratitud y añoranza por Oruro, aquel terruño al que ha vuelto con la memoria cada vez que escribió uno de los muchos textos que aquí aparecen, y que se alegra de recibirlo

de tanto en tanto,

generalmente acompañado de algún visitante curioso de ver personalmente qué mismo es este Oruro del que Luis Ramiro tanto habla.

El estilo

La prosa de Beltrán es cotidiana, diáfana, en él hay una buena economía de lenguaje: precisión, austeridad. También es amena, cargada de palabras simples y giros propios como son los quechuismos de nuestra lengua. Hay humor, buen humor, como el del propio Beltrán que escribe jovial, bien intencionado y elegante aún en el mejor de sus momentos —como fue *Momento*, un periódico para morir de risa. Lenguaje festivo, a veces lúdico y siempre vibrante.

Se revela una subespecialidad en la escritura de este libro. Pareciera que Beltrán es el experto en trazar, de manera exacta y sensible, la silueta de los que desaparecen. En la segunda parte del texto hay como diez escritos que bien podrían ser extensos epitafios. Tal vez por eso ha recibido y todavía recibe tanto homenaje, porque él mismo se relaciona con las personas que conoce a través del homenaje. Seguramente por lo desagradable que debe ser enterarse de la muerte de un amigo cuando se está lejos de la patria, surge el ansia de revelar por escrito el sentimiento íntimo; en vez de llorar la pérdida en silencio, Beltrán escribe y da testimonio público de

quién fue aquella persona querida.

Un apunte más sobre este aspecto. Hay en la prosa del autor algo así como un estilo cinematográfico —por usar una figura—, parecería que su narrativa transcurre en un tiempo real, va contando pausadamente, sin apuro, llano a momentos...

El compendio es de casi 50 años, sin duda que hay una amplia variedad en la escritura, sin embargo el estilo es siempre el mismo: elegante, sencillo, profundo, muy periodístico sí, y con profundos trazos literarios.

Sin embargo...

Lo más saliente e insistente en el texto en cuestión es su vena periodística. Él tiene definitivamente aquello que da nombre al libro: *la tinta de imprenta en las venas*. Es el afán investigador lo que hace de fondo en todo lo que escribe, el denominador común en los textos es la profundidad, el dato, el cúmulo de información. Beltrán es un especialista en la investigación. El discurso con que recibió el Premio Nacional de Periodismo 1997 es una muestra de esta característica suya: estadísticas y cantidad de datos pertinentes a lo que desea transmitir, la situación comunicacional del país, en aquel caso. Fruto de la investigación son también su *Panorama de la poesía boliviana* (publicada en



Cuando regresó a Bolivia, fue Director de *The Student's Voice*, el periódico estudiantil del Instituto Americano. Escribió con el seudónimo *Inocencio A. Vivado*. Trabajó como Redactor Auxiliar del Parlamento y debutó en *Flechazos*, revista semanal de humor político.

Al morir de cáncer Bertha Araya, la noble *Colombita* que fue su segunda madre, él y doña Becha quedaron atribulados y solos como últimos sobrevivientes de la familia. Se intensificó el miedo a perderse mutuamente, lo que los unió más que nunca.

Sin dejar su labor periodística, se interesó en la política integrándose a Acción Social Democrática (ASD), llamado más tarde Partido Social Demócrata (PSD). En el acto de fundación, habló a nombre de los adherentes estudiantiles impresionando al Director de *La Razón*, Alfonso Crespo Rodas, quien lo contrató y, a partir de 1948, comenzó a trabajar en ese gran diario de entonces desde la salida de clases a las 5 de la tarde hasta media noche, lo que mantenía en vigilia a su madre.

Elegido Presidente del Gobierno Estudiantil, demostró con tenacidad su derecho legítimo de portar el pabellón de la Patria. Hizo teatro. Apareció envuelto en radionovelas. Se introdujo en la investigación y la crónica. No le fue bien en deportes.

En noviembre del '48, con toga y birrete, terminó la secundaria y en seguida se fue así a trabajar a *La Razón*. Del Amerinst le quedaría el recuerdo de himnos entonados, buenos maestros y muchos amigos así como un hondo sentimiento de nostalgia.

Audazmente imaginativo e innovador, en *La Razón* formaba parte de una comunidad laboriosa pero también divertida. Ganaba experiencia en un país cuyo sufrimiento por la lucha fratricida lo atribulaba. Fue corresponsal en la Guerra Civil de 1949. Incansable en sus metas, impulsó la primera agencia de publicidad comercial en Bolivia, *Life*, y también una agencia de detectives, el *Hilo Rojo*, aunque sin más sangre que rubor en sus mejillas. Cuando quiso servir a su Patria, su ingreso al servicio militar le fue negado porque al gobierno no le convenía tener en el ejército a un estudiante que era periodista.

A sus veinte años ejerció un cargo jerárquico en la Alcaldía, que le recordaba a su padre, el Intendente Beltrán de Oruro de finales del 20 en el gobierno de don Hernando Siles. Su experiencia fue rica, útil y aleccionadora, pero pronto se decepcionó de la política porque percibió en ella el oportunismo acomodaticio. Nunca más volvería a militar en agrupación partidaria alguna.

El flamante ciudadano, ahora mayor de edad y experimentado en su oficio, vigilaba con celo la impresión de *La Razón*. Sólo cuando la edición salía de la prensa, fresca y fragante, se marchaba a su casa a descansar embelesado por el alba.

Trabajar en periodismo entre subversión y represión era un desafío. Sin embargo, persistente en su vocación, junto a Ricardo Ocampo fundó y dirigió con éxito el semanario dominical humorístico *Momento*



Los Académicos de la Lengua D. Luis Ramiro Beltrán Salmón, D. Hugo Celso Felipe Mansilla Ferret y D. Luis Urquieta Molleda

con este riesgoso lema: *Nadie debe escribir como periodista lo que no sepa sostener como pugilista*. En las tertulias con los muchachos de la prensa y sus afanes de cineasta, conoció a Gonzalo Sánchez de Lozada con su incorregible español de acento gringo, sin imaginar que años más tarde sería Presidente de Bolivia.

En 1952 sucedió la revolución del 9 de abril. Murieron periodistas y estudiantes en las escaramuzas callejeras. Con Víctor Paz en la Presidencia, se acercaba el fin de *La Razón*, el diario de la Rosca. El dominical *Momento* también murió debido a la discriminación que practicaba el régimen para la asignación de cupos en el papel de imprenta. Con la liquidación que obtuvo del diario instaló junto a su madre la pequeña *Confitería Marabú* que no tardó en cerrar cuando una miliciana del Palacio de Gobierno, en vez de pagar por un contrato de salteñas, la amenazó con mandar a su hijo *rosquero* al campo de concentración de Curahuara de Carangas. La familia quedó aterrada y con la pérdida de ese negocio.

En 1953 el cine lo encandiló. Conoció en *Bolivia Films* a Jorge Ruiz y Augusto Roca y estimulado por ellos asumió el reto de ser guionista. Escribió el guión de *Vuelve*

Sebastiana, documental sobre los Chipayas de Oruro que ganaría varios premios. Como sujeto urbano, se compenetró de la realidad rural y del rol protagónico que los campesinos asumían en la nación.

En 1954, el Servicio Agrícola Interamericano SAI, mediante Frank Shideler, le ofreció trabajo y una beca en artes gráficas, cinematografía, prensa y radiodifusión para educación audiovisual e información en extensión agrícola en Puerto Rico y en Estados Unidos de América. Sin desaprovechar la oportunidad partió hacia una nueva experiencia para volver al país luego de ocho meses.

En su labor de prensa y cinematografía conoció a Mariano Baptista Gumucio con quien forjó una amistad estrecha y perdurable. Mariano, nuestro común amigo, dice de él: *Me he preguntado cómo pudo hacer Ramiro para vivir tantas vidas, escribir libros e incontables papers que han revolucionado las teorías de la comunicación desde la perspectiva de los países sometidos y pergeñar crónicas periodísticas escritas en prosa 'que acaricia y canta' como pedía el maestro colombiano Silvio Villegas.*

Finalmente en 1955, a los 25 años, una

invitación de Costa Rica cambió el curso de su vida. Era un ofrecimiento para desempeñar allí el cargo de Especialista en Información del Proyecto 39 de Cooperación Técnica de la OEA en el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA). El hijo de doña Becha partiría seguro de volver a su patria al término de un año, pero, el destino había escrito para él un guión diferente.

Hoy, tras la semblanza de sus primeros veinticinco años, forjados hasta alcanzar insospechadas cumbres, quienesquiera que ostenten el privilegio de su amistad deben estar persuadidos de la profundidad de sus saberes y la densidad de sus virtudes. Gracias Luis Ramiro por haberme honrado pidiéndome escribir este prólogo.

Oruro, junio de 2010
Luis Urquieta Molleda

patria

dos libros suyos. Un título actualizado,
comunicación

Colombia por la SECAB en 1982), obra de 710 páginas, cuyo aporte es –según Armando Soriano– una bibliografía de 400 fichas que versan sobre nuestra poesía; y lo mismo *El gran comunicador Simón Bolívar* (editada por Plural en La Paz y ya agotada), calificada por su prologador, el venezolano José Luis Salcedo-Bastardo, como el estudio más moderno, científico y extenso sobre el tema; Salcedo-Bastardo llama al autor experto, tras admirar el entramado teórico y esquemático de la obra.

Finalmente, y también muy vinculado al quehacer periodístico, analicemos la titulación. Beltrán cae en lo que debe ser vicio para muchos; el libro entero está colmado de ellos, cada capítulo se inicia con un antetítulo. Algunos subtítulos muy divertidos: “Peligro, leche a la vista”, “Y de yapa, hasta varita”, “Primicia con la Nemesis”, “Maaaaaambo”, en fin.

Periodista, la condición irrenunciable (ii)
¿Qué tenemos antes de Beltrán-MacLuhan? Un periodista. ¿Qué hay después de Beltrán-MacLuhan? El mismo periodista. Las memorias de papel sábana de Luis Ramiro Beltrán, que conocemos con el título *Con la tinta de imprenta en las venas* son –Exeni nuevamente– un libro especialmente sabroso para gozar de la historia del periodismo boliviano. Así como

Nacionalismo y Coloniaje de Carlos Montenegro muchos considerarán éste como otro texto obligatorio para los comunicadores y periodistas universitarios.

Algo más. Resaltar que en su estilo y habilidad para escribir no ha habido mucho cambio en los 45 años de escritura que encierra este su libro, de 1953 a 1998. ¿A qué se debe? Sin duda a la disciplina y autoexigencia propias de él, pero también al talento que devino en el gran periodista.

En un texto dedicado a su padre (iii), que es el primero, escrito a los 13 años se anuncia un gran escritor, el que hace pocos meses, más de medio siglo después, al recibir el Premio Nacional de Periodismo 1997 dijo: “Desde que comencé en *La Patria* de Oruro a los 12 años de edad como aprendiz de reportero no he dejado de ejercer –en un grado u otro y en diversas formas– el más lindo de todos los oficios... Hijo de periodistas como soy, debo haber llegado al mundo –como dicen– ‘con la tinta de imprenta en las venas’ porque sigo tocando a menudo y con pasión los teclados que anuncian cotidianamente al alba”. Ya no solo para el periódico orureño, sino para todos los bolivianos, Luis Ramiro Beltrán sigue escribiendo, medio siglo y más de buen periodismo.

(i) Tomado de “Quiero ser periodista”, en Parte I de *Con la tinta de imprenta en las venas*.

(ii) Tomado del discurso al recibir el Premio Nacional de Periodismo 1997.

(iii) “Padre, un vago recuerdo de tu figura conserva mi memoria entristecida. Era tan niño cuando se realizó tu partida, que apenas logro bosquejarla, pero lo que jamás se borrará padre mío, es el ejemplo de tu vida, olvidando acaso de los tuyos para defender la bandera de tu patria. Y los hijos que dejaste no podrán menos que seguir tu huella, siendo hombres leales, trabajadores y valientes. Hoy que recordamos ya con la conciencia formada el décimo aniversario de tu fallecimiento, he querido dedicarte mi primer trabajo y creo que tú que desde el cielo nos miras has de sonreír viendo que si tu sacrificio fue estéril para la patria, no ocurrirá lo mismo con tus hijos que tratarán de poner bien en alto el nombre glorioso que por herencia les dejaras. Paz en tu tumba fría y gloria a Ti en el corazón de tus hijos”. *La Patria*, 1943.

Patricia Urquieta Crespo.
Comunicadora y especialista en temas de la cultura.
Docente investigadora de CIDES-UMSA.

Mi viejito querido

Nora Olaya Vda. de Beltrán



Muchos han oído de Luis Ramiro Beltrán Salmón, el investigador, teórico y docente boliviano de renombre internacional que fuera en 1983 el primer ganador del Premio Mundial de Comunicación McLuhan-Teleglobe Canadá.

Saben que se doctoró en comunicación en Estados Unidos, que por muchos años trabajó por toda América Latina al servicio de la OEA y de la UNESCO, que fue autor de varios libros y centenares de artículos y que recibió, entre muchas cosas, distinciones de los gobiernos de Bolivia, Ecuador y Paraguay.

Algunos saben también que fue, por otra parte, poeta (*Pasos en la corteza*), guionista de la película boliviana más premiada (*Vuelve Sebastiana*) y dramaturgo galardonado en Ecuador en 1987 (*El Cofre de Selenio*). Y otros no olvidan que, además, escribió desde su infancia orureña en diarios y revistas, habiéndole sido otorgado, en 1997, el Premio Nacional de Periodismo.

Son, en cambio, muy pocos los que llegaron a percibir más allá de la celebridad al ser humano que había detrás de tan brillante trayectoria. Esto parecía deberse a su severa apariencia que solía dar la impresión de suma seriedad y acaso hasta de cierta fría solemnidad.

Pero nada había más alejado de la realidad que esa imagen involuntariamente proyectada. El Beltrán de verdad –sencillo y nada vanidoso, así como cálido y jovial– surgía nítidamente a primer plano en apreciaciones que de su personalidad hicieron algunos amigos y colegas suyos que, soslayando aquella fachada, lo conocieron de cerca.



Oruro de mi infancia

Fragmento del discurso de agradecimiento de Luis Ramiro Beltrán, al recibir del Senado Nacional la condecoración "Bandera de Oro" en febrero de 2008. El texto forma parte de "Oruro, vista por cronistas extranjeros y autores nacionales, siglos XVI al XXI" de Mariano Baptista Gumucio



Luis Humberto Beltrán y Betshabé Salmón, padres de D. Luis Ramiro Beltrán Salmón

Nací en Oruro de padres periodistas en febrero de 1930. Amparada y guiada por mi bendita madre, Betshabé Salmón, mi infancia transcurrió allí entre el primer quinquenio posterior a la Guerra del Chaco —en la que se perdiera a mi padre, Luis Humberto Beltrán— y a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. Pese a las consecuencias negativas de aquella injustificada e infausta contienda entre dos países latinoamericanos que debieran haberse hermanado, Oruro —cabecera del sistema ferroviario de alcance internacional— constituía entonces el centro de la minería del estaño cuya era iniciara en 1900 Simón I. Patiño. Como tal, resultaba ser el eje de la economía nacional y la ciudad más progresista de nuestro país.

Había atraído por todo ello a millares de extranjeros en pos de trabajo y negocios y contaba en su seno con las casas centrales de las principales empresas mercantiles y entidades bancarias. Las colonias foráneas de mayor número e importancia por su actividad eran la alemana y la yugoeslava, seguidas primero por la de Chile y luego por la española, la sirio-libanesa, la inglesa, la italiana y la japonesa. Era, pues, un pueblo cosmopolita y plétórico de laboriosidad, brío y optimismo impulsado por el anhelo de hacer fortuna forjando desarrollo. Abierto de par en par al concurso de gente del interior y del exterior, fue caracterizado por el poeta Luis Mendizábal Santa Cruz, así: "... *Aquí las gentes no preguntan / de dónde llega el hombre / cuando trae en las manos / la crispación dichosa del trabajo. / ¡Alta tierra de Oruro! Eres la enamorada del gringo y*

del gitano..." Fue en ese positivo y placentero ambiente que me crié hasta los 15 años de edad enamorado de lo raigalmente nuestro y entusiasta con lo que nos llegaba desde otros puntos del mundo. Ascendiendo al Pie de Gallo. Cubalgando en la plaza 10 de Febrero en leones de bronce a espaldas de la estatua al presidente Arce. Posando para los fotógrafos de aparatoso cajón con trípode en el parque Castro de Padilla. Huroneando en los socavones de San José para ver al demonio llamado "el Tío". Surcando en bicicleta el erial de Papelpampa. Aviándome de nueces, pasas

y mermeladas europeas en los almacenes de los yugoeslavos a quienes llamábamos "austriacos" o "iches". Paseando en los andenes ferroviarios de británica estampa en pos de golosinas y revistas de Argentina y mirando allá de reojo a muchachitas de sonrisa fluctuante entre la picardía y el recato. Aprendiendo mucho del idioma alemán y algo del inglés a la par que escuchando las musicales voces del quechua y el sibilante acento de los "rotos". Contemplando al sapo y a la serpiente, enormes mitos petrificados. Leyendo libros sobre la historia orureña escritos por mi talentoso y noble tío abuelo, don Marcos Beltrán Ávila. Jugando la saltarina "tunkuña" y blandiendo los trompos alemánes de la ferretería Findel. Devorando los cuentos para niños del famoso escritor uruguayo Constancio C. Vigil, a quien tendría, gracias a mi madre, el gran placer de llegar a conocer un día en Buenos Aires. Practicando un poco de yudo y otro de jiu-jitsu. Viajando por mundos de ilusión y de aventura tomado de la mano de Verne, Salgari y Dumas. Persiguiendo a quirquinchos en los arenales que orillaban la ciudad. Correteando detrás de los rojos carros de bomberos yugoeslavos encabezados por sus ululantes sirenas. Atisbando a las guapas violinistas argentinas del hotel Edén. Escuchando con tribulación noticias de masacres en las minas. Aclamando los goles del Oruro Royal, primer club futbolístico de Bolivia. Canturreando huayños, rancheras y zambas y aprendiendo a bailar vals, cuecas y tangos al compás de vitrolas y pianolas. Gozando con Tarzán, Mundrake el Mago, Chaplin y el Gordo y el Flaco, así como con el vaquero Buck Jones y el charro cantor Tito Guizar. Pegando las orejas a las noticias de la contienda global desde la invasión de Polonia por los nazis y el asalto nipón a Hawai hasta el colapso en Berlín con el suicidio de Hitler y el espantoso epílogo de Hiroshima. Disfrutando

del api con buñuelos, arañando al dombo de invernial azul con voladores o cometas propulsados por el viento y la ilusión. Desfilando marcialmente ante el palco de la prefectura. Disfrazándome y remojándome en el Carnaval. Y, dormido o despierto, soñando empecinadamente con la recuperación del mar escamoteado. Ese fue, en fin mi maravilloso Oruro de los años tiernos.

Gracias a una beca para huérfanos de guerra que mi madre pudo conseguir, tuve el privilegio, con mi hermano menor Oscar Marcel, de estudiar en el excelente colegio Alemán, los seis años de primaria y los primeros dos de secundaria. Lo recuerdo con placer y gratitud. También recuerdo con aprecio el tercer curso de secundaria que hice en el Colegio Nocturno "Olañeta" en 1945 para poder tener dos empleos.

Ya en 1942, percatada de la vocación por el oficio de escribir que manifestara desde los ocho o nueve años de edad, mi madre había logrado que fuera recibido en el diario "La Patria", a mis 12 años, como reportero auxiliar, habiendo, sido mi remuneración inicial solo la de entradas de cortesía a salas de cine. Por otra parte, en 1945 fui contratado como responsable de información por la Dirección Departamental de Salud, cargo que desempeñé a la par del de aquel del periódico en el que ahora sí ya recibía salario.

Fuera de las aulas vivía yo entonces en el ámbito de los adultos pues casi todos mis compañeros de labor periodística eran considerablemente mayores que yo. Y eso, además de brindarme valioso ejemplo y apoyo, me puso en contacto con personalidades de la cultura orureña, principalmente en el campo de las letras. Así me solacé conociendo a prestigiosos periodistas y escritores de aquel tiempo como

Rafael Ulises Peláez, mi primer director en "La Patria", Luis Téllez Herrero, Felipe Íñiguez, Luis Gutiérrez Monje, David Ríos Reinaga, Enrique Sánchez Narváez, Ramón Peláez, Enrique Miralles y el polígrafo Josemo Murillo Vacareza. También, puesto que varios de ellos eran amigos de mi padre y de mi madre, conocí a poetas destacados y hasta hice amistad con algunos como Néstor Cevallos Tovar, Lucio Díez de Medina, Antonio José de Sainz, Milena Estrada Sainz, Luis Mendizábal Santa Cruz, Alcira Cardona Torrico y Carlos Mendizábal Camacho. Cobré entonces interés y admiración por la obra de personas como esas.

Oruro ha tenido siempre intensa y fecunda actividad cultural en cuanto a las letras y las artes. Como lo señalé alguna vez, en aquel himno que canta a la patria toda se celebra al poder de los brazos de Oruro y ello es justo porque fueron los brazos de muchos orureños los que sostuvieron por medio siglo al edificio de la república boliviana no solo sin pedir nada a cambio sino que hasta siendo privados un día de sus considerables ingresos para su aplicación en otras partes del país a gastos estatales ajenos a sus intereses y necesidades. Sería justo también que un himno ensalzara el poder de su mente porque este no es solo un pueblo envuelto en la materialización de acciones sino también comprometido con la generación de ideas. Por ello, reitero aquí esto que afirmé hace tiempo:

"El puño que pugnaba por forjar industrias trazaba a la par sueños en papel, caballete y pentagrama. Nunca se entregó este pueblo a la codicia con ceguera. En lo alto del empeño mineral brilló siempre el reclamo del espíritu, la canción del alma en el crisol del alba"



Luis Ramiro Beltrán Salmón un ejemplo de vida y trabajo

* Mario D. Ríos Gastelú

Pocos perfiles hubo en el periodismo boliviano con ejemplar trayectoria como el de Luis Ramiro Beltrán Salmón, un orureño de comportamiento abierto a todo aquello que estuvo ligado a la Comunicación profesional, al periodismo cotidiano, y a la enseñanza volcada hacia la juventud. Oraciones con profundo sentimiento: palabras de reconocimiento a su indeclinable servicio al prójimo y cánticos empapados de lágrimas, le dieron el adiós en un domingo cargado de congoja y recuerdos.

Junto a su esposa colombiana Nora Olaya, reconocidas personalidades del ámbito del periodismo, el arte y la comunicación le dieron el adiós. Un grupo amigo le cantó versos del cancionero popular muy acordes a sentimientos imborrables: *Tú eres mi hermano del alma, realmente un amigo. / Es tu corazón una casa de puertas abiertas. / Tú eres realmente el más cierto en horas inciertas...* Expresión sincera de esa amistad que nunca pidió recompensa, amistad que hacía posible remplazar la tristeza por un rostro sonriente.

Seis décadas

Pasaron sesenta años desde la primera noticia publicada por Ramiro cuando sus inquietudes lo llevaron a incorporarse al diario La Patria. Seis décadas coronadas por consecutivos éxitos, resaltados por el doctorado en Comunicación. Cada escalón vencido significó reconocimientos internacionales sumados a galardones nacionales, siendo el primer periodista distinguido con el premio mundial de comunicación: McLuhan Teleglobo Canadá, creado para la UNESCO. El Gobierno de Bolivia lo distinguió con el Cónдор de los Andes y fue homenajeado con el Premio Nacional de Periodismo de la Asociación de Periodistas de La Paz. Logró distinciones de la Universidad Católica de La Paz y la Universidad Técnica de Oruro. Recibió doctorados de la Prefectura y Alcaldía de Oruro, sumándose la condecoración al Mérito Educativo otorgado por el gobierno de Ecuador.

Así como sus inquietudes periodísticas tuvieron trascendencia en nuestro medio, su inclinación a la literatura no estuvo ausente. Incursionó en la poesía con su obra "Pasos en la Corteza", en tanto que para el teatro escribió el libro "El cofre de selenio". Jamás se apartó del buen humor y deleitó con relatos, chistes, imitaciones y cantos acompañados por bombo, pinquillo o charango que él mismo cargaba en su llamado "equipo de relajo" para luego amenizar con resonancias populares y folclóricas actos festivos con amigos o familiares.

El comienzo

A pasos ligeros se alejaba de la niñez Luis Ramiro. A los catorce años sus inquietudes periodísticas asomaron en un escenario caracterizado por el ejemplo que recibiera de sus padres: Bethsabé Salmón, su madre, había fundado y dirigido el periódico *Feminiflor*, un

vocero destinado al mundo femenino; su padre Luis Humberto Beltrán, también periodista -fallecido en la contienda de la guerra del Chaco- desarrolló las mismas inquietudes en el matutino La Patria, fundado por Demetrio Canelas. Era obvio que Ramiro revelara sus deseos de ser periodista, dado el ejemplo, la inquietud y la entrega de sus progenitores, a lo que entonces se llamaba un oficio. Esa predisposición a labores de prensa comenzaron a revelar sus dotes innatos cuando fundó la revista *Vanguardia Estudiantil*, de la cual también formó parte su hermano Marcel Beltrán y Abraham Portillo, hombre de talleres del plomo.

En su libro *Con la tinta de imprenta en las venas*, Ramiro Beltrán cuenta aquellos días de juventud y el impulso que le diera su madre quien lo presentó a periodistas de prestigio, allá por los años cuarenta: Rafael Ulises Peláez y David Ríos Reinaga. Fue un tiempo en el cual su labor de asistente de reportero pasó a reportero con fuentes de información especificada, aunque confesó que siempre estuvo donde se originaban las noticias, cualquiera sea el área informativa.

Su entrega al periodismo tuvo otras inquietudes, como el dar a la noticia un tono de buen humor, de tal manera que lo aparentemente intrascendente logre atraer lectores. Esa experiencia valió mucho cuando Ramiro tuvo que dejar su tierra natal y partir rumbo a la ciudad de La Paz el año 1945. En esta ciudad continuó sus estudios secundarios y también fundó, junto con Ricardo Ocampo, el semanario *Momento*, cargado de buen humor.

Sin embargo, sus labores en la sede de gobierno se interrumpieron, pues una invitación de Enrique Miralles para que Ramiro Beltrán retorne a Oruro y se incorpore a La Patria para asumir responsabilidades desde la Jefatura de Redacción del sub decano diario de Bolivia, determinó su regreso a la tierra de su añoranza. Allí se vinculó con figuras que muchos recordamos, porque también en Oruro y La Paz, compartimos labores periodísticas en diferentes medios de comunicación. Los nombres se suman y emergen con la claridad de la amistad y el trabajo profesional, como el caso de los inolvidables Pablo Arrieta y Walter Villagomez, el ejemplar Ramiro Cisneros, el ponderado Mario Rueda Peña y los dibujantes Raúl Gil Valdez y Pepe Luque.

Rumbo a Nueva York

Sorpresivamente tuvo que dejar las columnas de La Patria, al darse la opción de un viaje a los Estados Unidos de Norteamérica auspiciado por el diario New York Herald Tribune. Con ese fin, previamente se realizaba un concurso en La Paz, evento que Beltrán lo ganó. Su éxito lo llevó a la "capital del mundo" donde compartió alojamiento y actividades con jóvenes de varios países allí reunidos. Logró éxito con entrevistas a personalidades de la política y la cultura, resaltando su encuentro con Ingrid Bergmann,



estrella cinematográfica. Finalmente, participó del Foro Interamericano de Estudiantes realizado en el famoso hotel Waldorf Astoria, terminando el ciclo de visita a EE.UU. De regreso a Bolivia, se vio obligado a dejar las páginas de La Patria al dar paso a nuevos compromisos en La Paz.

El comunicador

Ya reveladas sus aptitudes periodísticas, Ramiro Beltrán tomó muy en serio la Carrera de Comunicación en la cual lograría el doctorado. Su visión de cuanto ocurría en el periodismo de Bolivia, lo impulsó a estudios mayores, tiempo en el que comenzaban a desarrollar la enseñanza universitaria destinada a medios de comunicación que, en Bolivia, superó todo cálculo optimista, hasta llegar a un insólito número de medios audiovisuales y radiales.

La visión profesional de Beltrán fue valiosa desde todo punto de vista. Día a día, Luis Ramiro sentía plena satisfacción por estar ligado a medios de prensa, proyectar sus conocimientos por universidades y entidades menores en las que se despertaba la afición a programar diariamente la noticia, ampliar al comentario y dar vida a los sucesos a través de una pluma ágil y siempre sujeta a la verdad. Fue así que se sumaron los éxitos y su imagen cobró enorme relieve internacional, algo que no se da frecuentemente.

Premio McLuhan Teleglobo

Creado el año 1982 por la Comisión Canadiense, para la UNESCO, se aprobó otorgarlo cada dos años a partir del año 1983, al ser proclamado por Naciones Unidas "Año Mundial de la Comunicación". Este premio internacional está dedicado a la personalidad de Marshall McLuhan, filósofo canadiense de comunicación y es otorgado en reconocimiento a quienes contribuyen de manera excepcional a las actividades científicas, culturales o artísticas.

Reconocidos los méritos de Luis Ramiro Beltrán Salmón, en noviembre de 1983 se lo

distinguió con este galardón dadas sus labores de difusión y orientación en el área de la Comunicación profesional. Entonces, radicado en Colombia, Beltrán recibió el aplauso y admiración de personalidades por haber prestigiado una profesión que honra, no sólo a Bolivia, sino a Latinoamérica.

Cónдор de los Andes

En diciembre de 1983, Luis Ramiro retornó a Bolivia y puso a los pies de su madre, Bethsabé, el premio recibido, actitud de gratitud y reconocimiento hacia la persona que lo encaminó en las actividades periodísticas. Ese mismo año el Presidente de la República de Bolivia Dr. Hernán Siles Zuazo, decidió que su gobierno le otorgará el mayor galardón de Bolivia: Cónдор de los Andes en el grado de comendador.

Premio Nacional de Periodismo APLP

La trayectoria periodística de Beltrán Salmón, también fue reconocida el año 1993 por la Asociación de Periodistas de La Paz, otorgándole el Premio Nacional de Periodismo, reconocida su entrega a "La Noticia" inaugurada a los 12 años de edad en la ciudad de Oruro y continuada en La Paz y países de Sudamérica hasta coronarla exitosamente con el profesionalismo logrado en la Comunicación.

Una estantería instalada en su domicilio, conserva sus trofeos, medallas y diplomas que fueron reconocimiento a una labor ejemplar. Su fallecimiento deja vivo su ejemplo para las generaciones que llegan al quehacer de la comunicación profesional.

* Mario Ríos Gastelú. Oruro, 1931.
Escritor y periodista cultural.

L

Luis Ramiro Beltrán Salmón

Luis Ramiro Beltrán Salmón. Oruro, 1930 - La Paz, 2015. Periodista, poeta, dramaturgo y experto en temas de comunicación para el desarrollo. Entre otros, ha publicado en poesía: *Pasos en la corteza* (1987); *Panorama de la Poesía Boliviana* (1983); *¡Oh linda La Paz!* (1994). En teatro: *El cofre de selenio* (1990). En comunicación: *Memoria de una victoria. El primer ganador del Premio McLuhan* (1983); *Feminiflor* (1987); *Bibliografía de estudios sobre comunicación social en Bolivia* (1990); *Con la tinta de imprenta en la venas* (1998); *Papeles al viento* (1999); *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica* (2000); coautor de *La comunicación antes de Colón* (2008). Su autobiografía "*Mis primeros 25 años*" apareció en 2010.



Reclamación de la heredad ausente

En memoria de Eduardo Avaroa

I

Madre, ¿dónde está el mar
que tus padres heredaron de sus padres,
dónde el océano que te correspondía
y dónde el puerto que sería mío?

¿Quién hizo ajeno el patrimonio
que Dios nos confirió?
¿Quién nos escamoteó la sal de vida,
la náutica presencia y su ventaja?
¿Quién, patria, pignoró
tu espuma y tu destino?

Se los llevaron en aciago día
y amanecimos presos y desnudos.

Ha más de un siglo
que nuestra tierra privada del mañana
padece encadenada
y sangra por su entraña.

El mar nuestro,
aquel del que surgiera Viracocha,
ha sido desaparecido;
mas todos callan,
nadie ha visto nada.

II

Al subir la marea de mi pena,
refluye en mí la sangre del coral arrebatado,
retumban en mi pecho las olas de la ira
y llama a mis oídos el clarín de lidiar.

Reclama entonces mi angustia litoral:
¿quién despojó al ensueño de sus velas,
quién secuestró las aves de la dicha,
quién mutiló las voces tricolores de los faros?

Inquieta luego por el pan del pez
y por el eco del cobre en el desierto,
por la sirena y el cielo humedecido,
por las caricias del alga,
por redes, luces y banderas,
por la grávida ostra y su secreto,
por la boyas que alucina al peregrino,
por el aroma universal del yodo,
por la mágica canción del caracol
y por la marítima pasión del vino.

Llora, maldice, reza y jura;
exige finalmente recobrar
la estela escamoteada,
la roca prisionera,
la maternal arena
y la gaviota propia.

III

Desde el puente sagrado del Topáter,
rescatando del Loa las cenizas,
yo invoco pues humanidad,
justicia y paz:
devuelvan a mi pueblo su futuro
—la puerta abierta al mundo—
su dignidad y orgullo,
su libertad de tránsito y de sueño.

Madre,
en el nombre de Dios
¡diles que escuchen!

Canción de adiós para una adolescente

I

Duerme,
es muy temprano para amar.

Aprisa el tiempo en tus fugaces trenzas,
juega con sed,
disfruta del remanso,
conversa con el río hasta saciarte,
atesora la leche celestial,
graba profundo tu corazón al árbol
aférrate a la luna, dialoga con el hada,
danza el presente que se va.

Calla, que el céfiro camina hacia tu estela,
te quedan escasas mariposas;
ya vestirás dolores de mujer;
y no volverá a entibiarse tus horas
el dulce sortilegio de muñecas.

Cubre tus besos,
el ángel que arrullaba tus temores
va a morir.

II

Trompetas negras
adelantan
las hordas del mal
y, al despertar,
las puertas de la sombra
se abrirán.

Cierra fuerte las manos.
No despiertes.
Que no escape el príncipe de tu regazo.
Que no se esfume aún el gnomo de tu fe.
Y que tu risa alcance a construir los castillos finales.

III

Duerme, vestal:
el tiempo de serpiente va a empezar.

Desahucio de la sombra

Allá viene mi sombra / como llamada
por algún viejo mago / que no la olvida.

De la nostalgia abierta / que la recobra,
surge a paso de espectro / rara invitada.

Vieja fotografía, / huella velada,
llega rumiando vientos / de otras edades.

Viene porque pretende / ser reengarzada
en los menguados ejes / de mis quebrantos.

Con voz encapuchada, / eco y testigo,
me habla de nombres muertos
y fechas huecas.

Quizás ella supone / que representa
la flor desheredada / de mis victorias.

O el acta embalsamada
de mis debates.

O el testimonio umbroso
de que he vivido.

O la promesa vacua
de que hay camino.

Se empecina conmigo, / clama obstinada,
para que yo no niegue / que soy su dueño.

Pero yo no la espero / ni la conozco; la mido
y me la pongo, / mas no recuerdo.

Sombra de mis memorias, / yo no te tengo.
Sombra de mi mañana, / sombra de nada...

A propósito de la motivación que dio cima a su poemario "*Pasos en la corteza*", Luis Ramiro Beltrán escribe: *Ha sido dada por el deseo nostálgico de publicar algo en la patria al cabo de prolongada ausencia de ella. Y hay todavía otras razones, quizás aún más profundas. ¿Será por ejemplo que, al avanzar los años, el rubor amengua a la parte que aumenta el desenfado para arriesgarse? Y ¿no será también que, cuando se tiene el sol a la espalda, crece el anhelo de comunicarse con los demás tal vez a cualquier precio?*

¿Cómo hacíamos Feminiflor?

Palabras de Da. Betshabé Salmón vda. de Beltrán en el homenaje del Círculo de Mujeres Periodistas La Paz a las fundadoras de Feminiflor en mayo de 1999

Tal vez ninguna de nosotras tenía la esperanza de disfrutar de un momento tan singular como este, que viene a entibiar el atardecer de nuestras vidas. La generosidad del Círculo de Mujeres Periodistas trae hasta nuestro oído el delicado reconocimiento del más hermoso de todos los gremios. Por medio de su noble presidenta, Bertha Alexander de Alvístegui, ustedes nos ofrecen hoy la dicha de sentirnos de nuevo lo que, probablemente, nunca dejamos de ser: periodistas. Y es que, en realidad, el periodismo no es como una prenda de vestir que se puede desear, no como un adorno, que se suele abandonar. El periodismo es un amor al que nunca se renuncia. Así pues, aunque los avatares de la vida nos obligaron a guardar la pluma, la pasión de la tinta de imprenta no se borró jamás de nuestras almas. Y, calladita pero latente, perdura en el estuche del corazón.

Decía que no esperábamos este bondadoso homenaje puesto que en nuestro tiempo, hicimos periodismo primordialmente por la misma razón por la que ustedes lo hacen ahora, porque les gusta, porque lo aman. Igual que ustedes ejercíamos el oficio sin aspirar a otra recompensa que el deleite de escribir para comunicarnos. Igual que ustedes, no buscábamos con ello más beneficio que el de servir a nuestra comunidad y a nuestra cultura. Quizá por eso sintamos en este excepcional instante una especie de grato desconcierto, como si nos resultara más natural atestiguar el suceso, libreta de notas en mano, que acoger en el pecho tan fino galardón. La palabra documentada de don Rodolfo Salamanca Lafuente ha señalado cómo la mujer tuvo participación precursora en el periodismo boliviano. Y, justo y gentil como siempre, ha distinguido una vez más a *Feminiflor* en su recuento y ha registrado también otros meritorios empeños ulteriores. Reciba él nuestro más cálido agradecimiento. Y permítanme ahora recordar, brevemente, los días de aquella modesta pero tenaz empresa espiritual.

Feminiflor surgió en el seno del Centro Artístico Intelectual de Señoritas que la iniciativa de Laura de la Rosa, admirable amiga, fundó en Oruro allá por 1921. Sentimos las socias la necesidad de contar con un vehículo de prensa propio para divulgar nuestras inquietudes cívicas y culturales y para luchar por la causa de la mujer. Y, sin ninguna experiencia ni muchos prolegómenos, nos echamos a escribir y a publicar. Era una bulliciosa cooperativa de chiquillas. Cada una hizo lo que pudo. Destacar noticias de importancia para las mujeres. Escoger versos. Aplaudir ciertas medidas. Comentar problemas proponer soluciones. Criticar lo que nos parecía indeseable dar paso también al entretenimiento y al buen humor. Brindar datos útiles para la vida del hogar. Y, por supuesto, denegar avisos e inventar

concursos para atraer al público. Trabajamos mucho pero disfrutamos todavía mucho más en los afanes de nuestra juvenil aventura.

Ha pasado más de medio siglo desde entonces, pero todavía recuerdo vívidamente aquella mañana de sol y alegría en que salió nuestro primer número. Caímos como abejas sobre los chibaletes de la imprenta Téllez, contemplando con alborozo cómo nuestros artículos pasaban del papel a la forma tangible.

Tiznadas y ansiosas pero llenas de gozo, festejábamos a punto de entregar la edición a los canillitas cuando invadieron el taller amigos y enamorados nuestros. Uniformados con sacos oscuros y pantalones claros, nos sorprendieron brindándose a la revista como suplementeros. Y se lanzaron a las calles de aquel dorado Oruro voceando: "*¡Feminiflor!, ¡Feminiflor de hoy díaad!*"

La ciudad se asombró de ver a los jóvenes "*pitucos*" vendiendo revistas y, más aún, de ver a varones sirviendo de canillitas a una revista de mujeres. Sin embargo, por curiosidad o por simpatía, los compradores agotaron esa primera edición en pocas horas, pagando a veinte centavos el ejemplar. ¿Se imaginan nuestra emoción? El éxito inicial fue un gran estímulo para nosotras. En efecto, mantuvimos la publicación mensualmente durante tres años seguidos, venciendo los escollos habituales a tan románticas actividades y luchando, a veces, contra la incomprensión de algunos.

Pero esto último ni nos sorprendió ni arredró. Desafortunadamente, era natural. Piensen que, en aquellos tiempos, la mujer boliviana todavía estaba tan postergada que, en Oruro, no había siquiera un colegio secundario para señoritas. Las que se atrevían a procurar el bachillerato tenían que ir al Colegio Bolívar, establecimiento de varones que—bajo presión y a regañadientes—tuvo que hacerse mixto por un tiempo. En general,

aquella era una época en que la sociedad todavía consideraba que los únicos papeles apropiados para damitas eran los de aprender economía doméstica, tocar lánguidamente el piano, frecuentar la iglesia y entre suspiro y bordado, esperar al "*Príncipe Azul*".

Aún hoy, cuando el mundo ha evolucionado un poco y los hombres un poquito, es difícil para las mujeres lograr que se reconozca su plenitud como personas. Piensen lo inverosímil que era conseguir ese reconocimiento hace cincuenta y tantos años. Apreciarán así lo inaudito que resultaba que un grupo de muchachas recurriera al periodismo para luchar por los derechos de sus congéneres. Y, sin embargo, al impulso de los años mozos, hicimos cuanto nos fue posible por esa causa. Inclusive golpeamos con nuestros editoriales los herméticos portones universitarios para que se abrieran también a nosotras.

Feminiflor, fue pues, un gesto de audacia que unos cuantos tomaron tal vez como herejía. Pero ni críticas ni burlas pudieron desalentarnos.

Aunque tengo veinte años lejos de la patria, me empecino en mantenerme apegada a su pulso y su destino. Las buenas amigas me ayudan a ello con cartas y periódicos. Y, gracias a esto, he podido ver que ahora tenemos en Bolivia muchas y muy buenas periodistas. Me alegra saber que ya no se las relega al "*Social, a las modas y a las recetas de cocina*". Hoy a la par de los colegas varones, hay reporteros, cronistas y fotógrafas. Hay también directoras y empresarias. No faltan redactoras de radio ni entrevistadoras de televisión. Y hay docenas de muchachitas nada menos que en una escuela de ciencias de comunicación social. ¡Qué maravilla!

Veo con satisfacción, y—si me lo permiten, hasta con orgullo—todo el avance logrado por ustedes. Porque sus triunfos nos valen también

a nosotras para sentirnos realizadas. Es algo así como sabernos prolongadas en ustedes y cómo proyectarnos con ustedes hacia un futuro sin límites. Los felicito, pues de todo corazón por lo mucho que han ganado. ¡Adelante! Porque esto no solo tiene valor para ustedes ni incumbe únicamente a nuestro sexo o a la profesión. Esto reviste alta significación para el país como un todo. Y es que tiene que ser bueno para la nación que la mujer ponga en sus medios informativos la pincelada de temura que subraya la concordia y aleja la violencia. Es la voz de la mujer la que debe destacarse en abogar, desde el púlpito de la prensa, por los pobres y los atribulados. Es la palabra de la mujer la que debe defender en los medios masivos el derecho de la infancia a la pureza, frenando el erotismo malsano y el materialismo mercantilista. Y ¿cuál mano sino la de la mujer, es la llamada a escribir en el corazón de todos los bolivianos los mensajes definitivos de la razón y la hermandad?

Bertha—heredera del brío y talento de aquel gran periodista que fuera Alfredo Alexander, mi dilecto amigo—; don Rodolfo Salamanca—doctor colega y buen amigo; compañeras del Círculo de Mujeres Periodistas; amigas y amigos presentes: para terminar solo atino a hacerles una promesa que la gratitud me dicta: llevar la visión de este dulce instante que nos brindaron hasta más allá de esta orilla, allí donde la gracia de Dios nos depara la eternidad.

Fuente: *Feminiflor*, un hito en el periodismo femenino de Bolivia, compilado por Luis Ramiro Beltrán S.



BARAJA DE TINTA

Los héroes confirman la paz

De Luis Ramiro Beltrán S. al Presidente de Paraguay Juan Carlos Wasmosy

La Paz, 3 de agosto de 1994

Excelentísimo Señor

Juan Carlos Wasmosy

Presidente de la República del Paraguay

Señor Presidente:

Soy uno de los millares de huérfanos bolivianos de la guerra del Chaco que se toma la libertad de escribirle para celebrar su venida. Lamento muy de veras tener que estar ausente de Bolivia en los instantes de suprema reconciliación que usted y el presidente Sánchez de Lozada van a protagonizar aquí el 6 de agosto en nombre de los dos pueblos. Emulando a aquellos combatientes que, al anunciarse el fin de la contienda chaqueña, saltaron de sus trincheras a unirse en un abrazo, ustedes van a dar ahora al mundo una ejemplar lección de fraternidad y pacifismo. Deploro el no poder atestiguar de cerca tan singular y emocionante suceso.

Mi padre, Luis Humberto Beltrán, era un periodista que acudió a la contienda como oficial de reserva morterista. Al cabo de diez meses de campaña, cayó abatido cuando intentaba romper el cerco de Alihuatá y Campo Vía. Murió prisionero en el fortín Florida a mediados de diciembre de 1933 en manos de su estafeta boliviano, Lucas Soto Villa, y del capellán paraguayo Tomás Valdez Verdún. Estos mismos nobles varones recuperarán sus restos siete años más tarde, cuando mi madre –Betshabé Salmón viuda de Beltrán– pudo al fin llegar hasta el Paraguay en pos de cumplir la promesa que había hecho a su esposo para el caso de que perdiera la vida en la guerra.

Aferrada a la urna, ella volvió a Bolivia, en septiembre de 1940, conmovida por el trato sumamente bondadoso que le fue prodigado en Asunción y hondamente agradecida por el resuelto apoyo que, para cumplir su cometido, le brindaran, entre otras personas, el Arzobispo de Asunción, monseñor Sinforiano Bogarín y, en particular, monseñor Valdez Verdún.

Yo, que tenía entonces diez años, comencé por ello a cambiar favorablemente la imagen que se me había formado del

Paraguay. Pero no tuve la oportunidad de llegar hasta él sino hace muy pocos años cuando –alentado por Julia Velilla y Alberto Crespo– pasé unos pocos pero inolvidables días en la tierra guaraní en compañía de mi amigo Mariano Baptista Gumucio, alta figura de la intelectualidad boliviana cuyo padre también había combatido en el Chaco. Íbamos a dar un pequeño aporte a la reducción del increíble desconocimiento mutuo que todavía hay entre bolivianos y paraguayos y –viejo sueño– ¡a conocer el Chaco!

Gracias a un fraterno amigo paraguayo, Juan Díaz Bordenave, tuvimos la ocasión de atravesar en un fin de semana lo que había sido por tres espantosos años el corazón del teatro de operaciones bélicas. Fue imposible acceder a la zona de lo que fuera el fortín Florida y solo avizoré el rumbo de Campo Vía de la orilla de la que arrancaba hacia Gondra la picada Velilla, así bautizada en memoria de una tía de la actual embajadora paraguaya en Bolivia, esa ilustre historiadora que tanto ha hecho para unirnos. En cambio, estuvimos en lo que había sido el escenario de las mortíferas batallas de Nanawa y llegamos hasta el Boquerón de Marzana antes de visitar lo que fuera el puesto de comando de Estigarribia en Isla Pof.

Esta fue para mí una de las experiencias más profundas e imborrables de mi vida. Mientras el jeep del hermano de mi amigo –José Díaz Bordenave, agrónomo del Chaco que nos guió y albergó generosamente– repasaba los senderos del desierto que se cubriera de sangre, me sentía como deambulando por un templo. Con fervor y alucinamiento, marchaba –más de cincuenta años después– tras las huellas de mi padre muerto antes de que yo cumpliera cuatro años de edad. En Nanawa entramos a algunas de las trincheras aún intactas, recogimos casquetes de proyectiles, vimos la chatarra del saldo de una tanqueta boliviana y fui obsequiado por un hijo del hacendado y excombatiente Beato Fernández con una granada de mortero. Al fin pude, pues, palpar aquel “infierno verde” en que rindieran sus



D. Luis Humberto Beltrán durante la Guerra del Chaco

vidas cincuenta mil bolivianos y cuarenta mil paraguayos que no tenían razón para odiarse pero se obstinaron en matarse. ¡Cuánto horror y cuánto dolor por nada y para nada!

Pese a lo muy breve de mi estadía en Asunción me sentí envuelto en ella por la misma calidez humana que le había dispensado a mi madre. Estuve en museos de la guerra y en el panteón de los héroes. Me entristecí al ver el tanquecillo aún en la plazuela. Oí con gratitud en memoria de los Monseñores Bogarín y Valdez. Visité a la familia que albergara tiernamente unas semanas a mi madre y tuve el privilegio de conocer a monseñor Agustín Blujaqui, quien me obsequió su libro sobre los capellanes del Chaco (con importantes menciones al padre Valdez) y me contó que él, cuando era un curita auxiliar del Obispo, vio llegar junto a la Catedral el camión que traía de Florida los restos de mi padre.

Llevados de la mano por Julia Velilla y por nuestro compatriota Gustavo Chacón, Mariano y yo dimos algunas conferencias y conocimos a muchos intelectuales y dirigentes políticos, incluyendo a Carlos Pastore, Alfredo Seiferheld, Antonio Salum, Oscar Ynsfran y José Félix Fernández Estigarribia, nieto del Mariscal. Yo alterné, además, con comunicadores paraguayos gracias a mi entrañable colega Vicente Brunetti. Y Baptista y yo conversamos con

algunos ex combatientes.

En suma, señor Presidente, en solo cinco días de estancia en su tierra su gente se me entró al corazón para siempre. Es, pues, por todo ello que me resulta muy grata y significativa su visita. Le ruego aceptar mi agradecimiento por ella. Más aún, reciba mi admiración por la amplitud de espíritu que le ha hecho llegar hasta nosotros para intercambiar –en gesto enaltecedor tal vez sin precedentes– armas, banderas y memorias que hasta ayer eran trofeos de guerra y que ahora –gracias usted y al Presidente de Bolivia– se tornan reliquias de paz. Tenga la certeza, señor Presidente, de que el pueblo boliviano sabrá atesorarlas.

Como simple ciudadano de Bolivia, rindo a usted y a sus acompañantes –entre los que marchan representantes de los valerosos guerreros guaraníes– mi más cálido homenaje de bienvenida. Y hago votos porque el histórico encuentro que se avecina consolide e impulse la voluntad de estrechar la relación entre nuestros pueblos en la democracia, la economía y la cultura. Así compensaremos con creces el trágico error de habernos inmolado en la más absurda y cruenta de todas las guerras.

Reciba usted, señor Presidente, el respeto y aprecio de

Luis Ramiro Beltrán Salmón.

Fuente: “Papeles al viento” de Luis Ramiro Beltrán, 1999.

La misiva fue publicada con el título de “Saludo al presidente Wasmosy celebrando su venida” en el suplemento Semana de Última Hora (La Paz, domingo 7 de agosto de 1994)